

Siempre habrá flores para los lojanos que quieran admirarlas

Contenido

- 1 Editorial
- 2 Celebrando la vida y legado de Jenny Estrada
- 3 Un nuevo capítulo en la historia...
- 5 Cuando la poesía es el puente
- 7 Huili - Romancero de Manuel Carrión Pinzano
- 8 Cinco pasos a la redonda
- 9 Economía circular en Ecuador
- 11 El abuelo nos comenta
- 12 Mujeres que se invisibilizan:...
- 14 Adolescentrismo
- 15 Los Juegos Olímpicos de París 2024
- 17 La U.N.L. y sus desafíos
- 19 Realidad histórica y fantasía...
- 22 "Viveza criolla"
- 23 Los ataques de Rosario del Cisne...
- 25 Relación histórica...
- 27 Transportando cine
- 29 El buen vivir y la felicidad...
- 31 Manantial
- 32 El amor
- 34 Una visita de los abuelos
- 38 Sueño cumplido
- 40 Estudiar lo nuestro es primero
- 44 Imágenes de mujeres ;Parto en el crisol de las culturas!
- 46 Malacatos en el contexto histórico de Loja
- 50 Curioseando en la red



PORTADA: Flor de rey / Hibiscus rosa-sinensis
Parque Nacional PODOCARPUS - Loja

FOTOGRAFÍA: José Carlos Arias Á.

Gaceta
CULTURAL

Nº 39 • FEBRERO DE 2024

PUBLICACIÓN MENSUAL
DEL ARCHIVO HISTÓRICO DEL
ILUSTRE MUNICIPIO DE LOJA

Hugo F. Martínez Espinosa
DIRECTOR

Ramiro A. Martínez Espinosa
CORRECCIÓN DE TEXTOS

Tel.: 09 9320 8547
E-mail: gacetaloja@gmail.com
www.gacetacultural.ec

Mujeres que se invisibilizan: Lola Garrido Jaramillo

katiusking@hotmail.com



KATIUSKA KING MANTILLA*

La primera hija del matrimonio entre Ángel Rubén Garrido y Adriana Jaramillo Palacio recibió como nombres Dolores María. Nació el 25 de marzo de 1926 en la actualmente llamada Casa de las Flores de la capital de la provincia de Loja. Fue una mujer buena, valiente e intensa.

A los nueve días de nacida, el 3 de abril de 1926, Dolores María Garrido Jaramillo recibió el bautismo en la religión católica. Como atestigua el delicado recuerdo del acto, sus padrinos fueron Daniel B. Sánchez y María Antonia A. de Carrión. Tenía algunas características de los primogénitos: segura de sí misma, responsable y pendiente de los otros.

De niña ayudaba a su madre, cuidaba y jugaba con sus hermanos en los árboles de la huerta. Estudió en la escuela de las marianitas. Fue mimada por su padre quien le procuraba libros que ella leía con esmero. Más tarde sus padres decidieron que aprenda el oficio de corte y confección. Dolores, más conocida como Lola, hubiese querido estudiar derecho. En esa época era muy común que los padres avales el matrimonio de sus hijos y así sucedió.

En el parque de San Sebastián, se realizó el baile del Centro Cultural Independencia “Segundo Javier Riofrío”, en el que Lola resultó elegida dama de honor. A este evento también asistió Armando Mantilla Ortega, un “joven” amante de la

música y las fiestas. Trabajaba en la ciudad como profesor de matemáticas del renombrado Colegio Público Bernardo Valdivieso, venía de Quito donde había nacido el 25 de diciembre de 1911.

Adriana y Ángel Rubén aprobaban a Armando como marido de su hija pues valoraban su profesión en la educación, así como su carácter agradable y alegre. El llamado “joven”, que era 14 años mayor a Lola, tenía la típica “sal quiteña”. Anteriormente había vivido en Cuenca como profesor del también conocido Colegio Benigno Malo y había estudiado en el Colegio Mejía de Quito. Tenía dos hijos previos.

Los padres de la novia organizaron el matrimonio en su casa de la calle Sucre, Ángel Rubén cuidó todos los detalles de la fiesta. Se casaron un 19 de octubre de 1945. Lola y Armando vivieron por un tiempo ahí. En las comidas se organizaba una larga mesa en la que convivían tíos y sobrinos. Luego con la ayuda de Adriana, la pareja construyó su propia casa a una cuadra y media, en la calle Bolívar. Las dos casas mantuvieron las puertas abiertas entre sí hasta antes de la partida de los padres de Lola a Quito.

Dolores María era una mujer alegre y tranquila a la que no le gustaba el conflicto, sin embargo, cuando tenía que defender a los suyos, no dudaba ni un momento en hacerlo y se convertía en la abogada que quiso ser. Era una mujer clara y

directa para decir lo que pensaba así como para hablar de los gestos buenos de las personas. Mientras sus padres vivieron, Lola conservó una relación muy cercana a ellos y sus hermanos, algo que mantendría hasta el final de sus días pese a los problemas y las diferencias.

Armando se ocupaba también de asuntos contables y representaciones, le gustaba tocar la guitarra e hizo muchos amigos en Loja, así que Lola desde muy joven se dedicó a las tareas del hogar junto con la confección de vestidos que entregaba para la venta. Ella eventualmente colaboraba en las actividades de los comités del barrio, a las que también hacía partícipes a sus hijos. La vida de Lola se ocupaba fundamentalmente en las tareas del hogar, a diferencia de su marido que sí tuvo vida propia.

En Loja, la familia se había establecido con relaciones y amistades sólidas, sin embargo, cosas propias de una ciudad pequeña hicieron que Lola tome la decisión de irse a Quito, ciudad de origen de Armando a la que él no quería volver. Ella, estando embarazada de su última hija, vendió la casa y emprendió viaje con sus nueve hijos pues la primera ya se había casado. La ida a la capital al ser tan repentina e improvisada fue traumática.

Dos meses después en Quito buscando un nuevo hogar, el 3 de octubre de 1970, tuvo un accidente que casi le cuesta la vida. Armando intentó persuadirla de volver a Loja, no lo consiguió y vino unos días después. Compraron un terreno por las Casas donde Lola con la ayuda de su hermano arquitecto y sus hijos construyó una casa. En el frente había un árbol de higo (brevo) que se convirtió en el “batiárbol” de sus hijos menores y algunos nietos.

Ya en Quito, fue como empezar todo de nuevo, Lola se las ingenió para generar más ingresos y poder educar a sus hijos, tanto en la confección como en el comercio. Los sonidos a su alrededor eran el chiqui-chiqui-chiqui-chac de las tijeras y el tintineo de la máquina de coser. Por un tiempo mantuvo un taller de costura en

su propia casa. Cosió de todo: muñecos, vestidos, uniformes, hasta disfraces. Sus clientes, principalmente mujeres, la respetaban y valoraban.

Como la de su madre, su vida fue cuidar y ocuparse de otros, tuvo once hijos y varios nietos a cargo. También, lideró actividades para obtener fondos para construir la nueva iglesia de Las Casas y se comprometió con las labores sociales que desde ahí se organizaban como las canastas anuales para los vecinos de escasos recursos. Era muy trabajadora y parecía incansable. Tal vez, aquella historia de las personas que perdieron todo por pasar horas en las hamacas hacía que ella siempre esté activa.

Lola tenía una alta sensibilidad. Tanto su padre como su marido procuraban no contarle ciertos eventos para que estos no la afecten. Aunque parecía muy fuerte, el fallecimiento de sus padres a fines de los años 70, de su marido a fines de los 80 y veinte años después el de su hija, que ella retrataba como un dolor inefable, fueron haciendo mella en ella.

Al estar siempre rodeada de personas, sus últimos años se hicieron duros porque ya no podía trabajar y no se sentía útil. Vivió 94 años, pues sentía que había asuntos pendientes de los que ocuparse. El mandado de su madre de que todos sus hijos tengan casa estaba presente. Esto se cumplió cuando ella murió por gloria y obra de quienes respetaron su última voluntad: que la casa que ella construyó se dividiera en tres para que todos sus hijos tengan una.

Hasta el final, mantuvo unas manos hermosas. Su optimismo y generosidad quedaron como su legado. Cuando hay abundancia es más fácil ser generoso. Mientras que cuando hay poco, la generosidad se convierte en una virtud. Ella con lo que poco o mucho que tenía, según las circunstancias, siempre compartía con todos. Sus manos predicaron con el ejemplo.

* nieta de Lola e hija de Lupe.